

semejante cosa! pero ya se vé, eso si no puede ser.

—¿Y por qué no puede ser?

—Un huérfano, un pobre como éste!

—Pero si este pobre llega por la instrucción á ser un hombre de provecho, puede aspirar como todos los buenos ciudadanos que saben distinguirse por sus virtudes cívicas, á la primera magistratura.

—¡Ay! señor don Santiago, con razón estamos como estamos; si nos vemos expuestos á ser mandados el día menos pensado por gente así, como este muchacho, salida de la nada.

D. Santiago estaba acostumbrado á tolerar las confianzas y las impertinencias de Mariana, y se divertía con sus apreciaciones; ya se vé, Mariana era tal vez una de las muy pocas personas que hablaban con don Santiago, quien como hemos dicho, tenía una manera particular de vivir, y pasaba en el pueblo por un misántropo, de quien circulaban extraños y fantásticos cuentos.



CAPÍTULO VI.

EL VIENTO DE FEBRERO.

DON Santiago encontró muy de su gusto á Gabriel, y bien pronto tuvo ocasión de conocer que no se había equivocado en creer que aquel muchacho era susceptible de un perfeccionamiento moral rápido y notable.

En efecto; Gabriel tenía un bello corazón y una organización admirable para el estudio; don Santiago, por su parte era un hombre ilustrado y progresista, aunque las decepciones de su vida le hubiesen obligado

á vivir aislado, huyendo siempre de hacer el papel de leguleyo de pueblo.

No obstante, la mayoría de los vecinos de éste le hacían justicia en cuanto á su saber, y le pedían generalmente consejo en todas las situaciones difíciles.

Don Santiago, á pesar de todas las reticencias y vacilaciones de Mariana, se dedicó con una solicitud verdaderamente paternal á la educación de Gabriel, quien por su parte mostraba las más felices disposiciones para el estudio, y su inteligencia se desarrollaba diariamente al benéfico y provechoso influjo del sistema empleado por don Santiago; de manera que en poco tiempo Gabriel poseía ya los rudimentos de la primera educación, y estaba en aptitud de emprender estudios de más consideración.

A este efecto se hacía indispensable que Gabriel continuara su educación en México, y don Santiago, que en muchos años no se había movido del pueblo, decidió hacer un viaje á la capital á fin de asegurar el aprovechamiento de su hijo adoptivo.

En esta época ya el cariño de Gabriel formaba en el corazón de don Santiago uno de sus más vehementes sentimientos, porque el joven se había hecho acreedor, con su conducta, á la estimación de cuantos le conocían, y al más acendrado cariño por parte de don Santiago.

Soplaba á la sazón el viento de febrero.

Gabriel estaba solo y en el campo.

Después de la fría calma del invierno, la naturaleza parecía tomar aliento en la obra perpetua de sus regeneraciones.

Ráfagas violentas semejaban falanges de seres movedizos que se arrastraban por los sembrados y los valles, que lamían las faldas de las montañas, y desasosegados y pertinaces, rizaban unas veces los lagos y otras veces sacudían las empolvadas copas de los árboles escuálidos.

De repente cesaban los turbiones, y en lontananza se destacaban algunos remolinos que levantaban las últimas hojas secas del campo hasta las nubes.

Otras veces, silbador y ronco, caracoleaba

el viento entre las malezas agitando los varejones y desentretrejiendo las enredaderas secas, las aristas presas en los breñales, las hojas que pasaron el invierno en pelotón informe entre dos recodos sirviendo de casa á los insectos.

Rugía por todas partes doblgando algunas plantas polvosas y macilentas, y en toda la naturaleza se notaba no sabemos qué festinación precursora de una fiesta.

No eran los anuncios de una ruina próxima, no era el huracán embravecido é implacable; sinó un viento precursor de las delicias primaverales que llegaba sacudiéndolo todo y como reprendiendo al invierno por sus despojos y por sus estragos.

Este viento ejecuta millones de actos solemnes y de una importancia incalculable: su soplo, verdaderamente vivificador, arranca de los vértices de las hojas los dañosos amontonamientos de despojos que obstruyen la vegetación, desenlaza dos plantas que durmieron abrazadas durante el invierno, las despierta y les avisa que estén listas para

el trabajo del crecimiento y la reproducción.

Barre sobre las gramíneas llevándose las hojas y las escorias perniciosas hasta depositarlas en un escondite de piedras, ó las oculta en un barranco ó en un arroyo, ó las desmenuza para que desaparezcan á la vista.

Reprende á los insectos perniciosos que habían plegado las hojas con su baba para fabricarse cuarteles de invierno; desaloja á algunos intrusos aventureros que pretendían perforar las plantas y roerles el corazón; echa á silbidos otros que amenazaban una yema y hasta pide á las nubes algunos goterones para que le sirvan de proyectiles contra la canalla que usurpa el terreno de las flores que vienen.

Las aves, al sentir ese viento que riza sus plumas, lo resisten, volviéndole la cara, y adivinan la estación que se avecina, y en medio de aquel trajín de aseo general, arréglanse con el pico las últimas plumas de la muda, péinanse su pechuga de pluma nueva, y aderezan su interesante vestido con

que se presentarán en la primavera, en cuya época es necesario cantar bien y estar aseado.

De vez en cuando dirigen las aves una mirada al cielo que se empaña, para aparecer más tarde brillante y diáfano.

Verdeguean sobre despojos inertes las ramas que aún subsisten y van á ver brotar las nuevas hojas, y debajo de la tierra se prepara por todas partes el gran trabajo de las savias, como si la voz de ponerse en acción se hubiese propalado en las inmensas zonas fértiles; y los millones de obreros microscópicos, ese mundo oscuro de chupadores de jugos se pone en movimiento para dar vida y jugos desde los individuos seculares hasta los pequeñuelos ejemplares de la vegetación.

El aviso solemne se propaga en ecos, en murmullos y en silbidos; en los chasquidos de las breñas, en el rodar de las escorias y en la pertinacia de algunos gemidos que se producen en las junturas de una choza abandonada, y tal vez en los mil postreros ayes

de angustia, de las hojas secas que van á perderse en el abismo.

Gabriel contemplaba este cuadro de la naturaleza, y sentía cierto placer melancólico al ver rodar las hojas; y es que encontraba una misteriosa analogía entre el estado de su alma y aquellos preparativos que iban á cambiar la faz de la naturaleza.

Gabriel sabía que iba á abandonar aquel pueblo hospitalario y querido, y que un porvenir lleno de flores le esperaba.

Venir á México, era para Gabriel un acontecimiento tan plausible, que lo consideraba como la realización de un sueño.

Por fin, llegó el día fijado para la marcha; D. Santiago se había provisto de caballos y estaban listos ya dos criados y una mula de carga; se había cerciorado detenidamente de la buena andadura de su caballo, del buen estado de los arneses, y había preparado con método y orden de todo cuanto pudiera apetecer en materia de comodidades.

—Lo estoy viendo y no lo puedo creer,

decía Mariana; ¡será posible que el señor D. Santiago, que lleva tantos años de no querer moverse de su rincón por nada de esta vida, vaya ahora á emprender un camino tan largo sólo por ese muchacho? Ya se ve, no se puede negar que el chico es bueno; pero no al grado de sacar al pacífico de mi amo de sus arregladas costumbres; ¡y todavía sabe Dios los trastornos que se originen, ó si va á sucederle algo por esos caminos, que dicen que están tan malos! Pero qué hemos de hacer! no parece sinó que Gabriel no es huérfano, sinó hijo legítimo del señor don Santiago.

Ya hechos todos los preparativos de la marcha, aún probó Mariana de disuadir á su amo de lo que ella llamaba una locura; pero nada pudo conseguir, y llegó por fin el día de la partida.

Gabriel no había podido dormir pensando en su dicha, y fué el primero que estuvo listo, esperando sólo el momento de marchar.

—¡Ea! dijo D. Santiago saliendo de su habitación; ya creo que nada falta.

Hizo sus últimos encargos á Mariana y montó á caballo, Gabriel lo imitó, y seguidos por los dos criados y la mula de carga, salieron del pueblo.

D. Santiago tenía que pararse al pasar por cada tienda y por cada esquina para dar razón de su marcha á los vecinos, para quienes aquello era un acontecimiento extraordinario; pero después de no pocas detenciones, saludos, encargos y despedidas, la pequeña caravana se encontró en des poblado y el caballito de D. Santiago desplegó todo su sobrepaso.

Gabriel procuraba no alejarse de don Santiago á quien hacía preguntas incesantes.

—A mí me gustan los muchachos preguntones, decía don Santiago; esos son los que aprenden ó los que llegan á saber algo.

De manera que con estos antecedentes Gabriel, bien sea por su deseo de saberlo todo ó por halagar á don Santiago, no cesaba de hacerle preguntas sobre todo lo que veía, y don Santiago, por su parte, se encontraba satisfecho, pues tenía ocasión, á cada pre-

gunta de su hijo adoptivo, de darle nociones sobre multitud de conocimientos.

Ningún incidente digno de notarse aconteció á don Santiago en los primeros días de camino; pero una tarde uno de los criados se dirigió á su amo para decirle:

—Patrón, usted dirá si seguimos.

—¿Por qué ¿qué hay?

—Dice el de la tienda que ahí abajo de la loma anda *el Pájaro* con otros.

—¿Y quién es *el Pájaro*?

—Pos es de los compadres.

—¿Pero á nosotros, qué nos pueden quitar? Ya saben ustedes bien que no traemos nada de valor.

—Pos cuando menos nos dejan á pié, señor amo; luego *el Pájaro* anda con diez ó doce.

—¡Tantos así! exclamó don Santiago espantado.

—Y yo no sé, continuó el criado, cuántos traerá, y ya verá su *mercé* que lo que es por nosotros en cualquier rato nos chispamos y como Dios nos dé á entender desta-

pamos; ¡y cuándo nos cojen! pero su *mercé* no podrá hacer lo mismo. Y luego que las armas ¿de qué sirven cuando son muchos? Por mí, lo que su *mercé* disponga; yo cumplo con avisar.

—Me parece, dijo don Santiago reflexionando, que lo prudente será averiguar si esa noticia es cierta, y luego si se sabe la gente que traen.

Se decidió en consecuencia que uno de los criados, el más conocedor del terreno, se adelantara á pedir informes, y volviera con ellos, antes de seguir adelante.

Gabriel pretendió acompañar al explorador y estaba deseoso de tener su primer lance de armas, pues que armado iba, y sentía vehementes deseos de que llegara el caso de hacer uso de una mala pistola que le habían proporcionado.

Pero don Santiago no consintió en la separación del joven, quien contrariado, pero obediente, se resignó á esperar.

Hubo necesidad de pernoctar en un pequeño rancho, y esperar tranquilamente la

vuelta del explorador, quien no regresó hasta la mañana siguiente, trayendo la noticia de que efectivamente habían pasado por el camino real *el Pájaro*, un tal Gómez y dos hombres más; pero que como había salido una fuerza rural á perseguirlos por los crímenes que por allí habían cometido, estaba seguro el camino y se podía transitar sin ningún peligro, de manera, que, apenas hubo llegado esta noticia, los viajeros se pusieron en marcha.



CAPÍTULO VII.

DOS COMPADRES CURIOSOS.

MIENTRAS camina D. Santiago, volvamos á seguir los pasos de Gómez, de quien no hemos vuelto á ocuparnos desde la escena del panteón del pueblo.

Gómez, acostumbrado á conseguir todo lo que deseaba, tenía ya ese aire resuelto y esa audacia que caracteriza á los hombres incultos y feroces.

La pasión que concibió por Salomé lo volvió loco, y desde el momento en que la conoció, no pensó en otra cosa que en pre-